



Alberto Hans

Martín Quirarte (traducción)

“Apéndice. La guerra de México según los mexicanos”

p. 217-240

Martín Quirarte

Historiografía sobre el imperio de Maximiliano

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1970

268 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 9)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/

historiografia_imperio.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



APÉNDICE

Alberto Hans

LA GUERRA DE MÉXICO SEGÚN LOS MEXICANOS

BERGER-LEVRAULT & CÍA., EDITORES
PARÍS, 1899

Traducida por Martín Quirarte



ADVERTENCIA

En la edición francesa de *La Guerre du Mexique selon les Mexicains*, al hacerse la cita de algunos títulos de libros mexicanos, Hans incurre en inexactitudes o hace la cita bibliográfica incompleta. Esta es la razón por la que el traductor se creyó en el deber de corregir algunas referencias bibliográficas.

I

La guerra de México es ahora conocida en sus grandes lineamientos. En Francia, se han publicado excelentes obras. La más notable es *L'Expédition du Mexique. Récit politique et militaire*, escrita en 1872 por el capitán de Estado Mayor Niox¹ y redactada con la ayuda de los archivos oficiales.

Entre los diversos autores, el señor Paul Gaulot ha producido tres volúmenes, elaborados principalmente con la correspondencia particular y los papeles confidenciales del mariscal Bazaine. Por su parte, el general Thoumas, antiguo jefe de artillería y colaborador de Gambetta, en *Les Français au Mexique*, ha condensado todo lo que había sido dicho antes de él. Pero a pesar de su gran capacidad para manejar el método y su talento de exposición, no ha podido darnos una obra acabada. No había estudiado previamente el país, no conocía el castellano y se concretó a sondear en las fuentes francesas.

Sin embargo, entre nuestros antiguos enemigos, las narraciones que tratan de la lucha contra la intervención son numerosas. Sus títulos comienzan generalmente con estas palabras: *Ensayo, Reseña, Apuntes* y tienen un sello de modestia. Contrariamente a lo que sucede entre nosotros, en que los mexicanos son ignorados, en México, los autores conocen, citan y refutan a nuestros escritores.

Observemos, sin embargo, que más allá del Atlántico, se hace históricamente un todo de la guerra civil de Tres Años, llamada de *Reforma*, de la intervención francesa y de la caída del emperador Maximiliano. Pero lo que aparece inseparable para los mexicanos, es forzosamente divisible para los franceses. Lógicamente para nosotros la guerra comienza con el desembarco del primer destacamento de nuestras tropas en Veracruz, el mes de enero de 1862 y se termina con el embarque, en el mismo puerto, del último escuadrón del cuerpo expedicionario, en febrero de 1867.

Es así como los acontecimientos que los han precedido y seguido, bien que ligados a aquéllos en los que Francia se ha mezclado, no podrían entrar en nuestro cuadro, de ellos no hablaremos sino para completar la visión.

Sea como sea, las obras mexicanas no están exentas de mérito. Un rápido examen permitirá juzgarlas.

II

En primer lugar, tenemos la *Reseña histórica del ejército del Norte*, por el señor Juan de Dios Arias² que hace un esquema de las operaciones dirigidas por el general Mariano Escobedo, primero contra nuestras columnas, más tarde, contra el ejército concentrado en Querétaro por el emperador

¹ Actualmente general e inspector de los servicios telegráficos del ejército.

² Juan de Dios Arias. *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del ejército del Norte durante la intervención francesa, sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*. México, Imprenta de Nabor Chávez, 1867.

Maximiliano. Habiendo sido hecha a raíz de los acontecimientos, esta reseña es parcial, prematura, caótica, incompleta y cortada por digresiones extemporáneas.³ Sin embargo, permite rectificar un error acreditado en Europa, en donde se asegura que las armas de repetición habían sido usadas por primera vez en la guerra franco-alemana en el combate de Nuits-sous-Ravières, en enero de 1871. En verdad, ya estas armas habían sido empleadas con resultados maravillosos en México, en 1866 y 1867. El general Mariano Escobedo las había obtenido en Estados Unidos; las empleó para armar varios escuadrones con los cuales se obtuvieron brillantes éxitos.

Actualmente, el general Mariano Escobedo, “cargado de años y cubierto de gloria” —la fórmula no es vana—, y amante de las letras, debería aprovechar el reposo de que goza, para rehacer la obra del señor Juan de Dios Arias. Sabemos que el ilustre veterano ha clasificado sus informes y su correspondencia con celoso cuidado. A él toca obtener un resultado práctico.

Viene luego el *Ensayo histórico del ejército de Occidente* de José María Vigil y Juan B. Híjar y Haro.⁴ Estos autores tuvieron por colaborador al general Ramón Corona, antiguo comandante en jefe del ejército de Occidente muerto asesinado por un monomaniaco en noviembre de 1888. La verdad no ha sido desvirtuada en este libro, muy por lo contrario.

Este ensayo contiene detalles sobre las hostilidades que tuvieron lugar en la región occidental de México, particularmente en Sinaloa, en donde protegidos por vecinos de California y del Océano Pacífico, los disidentes pudieron crear una base de operaciones. Nuestros colonos exasperados por la resistencia, trataron innumerables aldeas, de la misma manera que lo fueron poco después en Francia, Chateaudun y Bazeilles. Hay ahí páginas sombrías que evocan los peores días de la guerra de España.

La *Reseña histórica del ejército de Oriente*, del general Manuel Santibáñez,⁵ contiene datos precisos sobre la defensa de Puebla del 16 de marzo al 27 de mayo de 1863.

Gracias a él, sabemos ahora que los efectivos de la guarnición, señalados por el Estado Mayor general del cuerpo expedicionario y reproducidos por Niox, y después por los generales Du Barail, Thoumas y otros historiadores, son completamente erróneos.

Se había creído hasta ahora, que esta guarnición contaba con 1,508 oficiales de todos los grados y 11,000 suboficiales y soldados. Las cifras reales son más elevadas y no se les puede discutir, si se considera que fueron tomadas de documentos oficiales y administrativos provenientes de los sitios mismos.

Los estados resumidos recapitulativos y auténticos insertados en su obra por el general Manuel Santibáñez prueban que, hacia el 5 de mayo de 1863,

³ El Sr. Fernando Iglesias Calderón, perfectamente informado nos declara que el general Mariano Escobedo fue ajeno a la redacción de la obra citada; los elementos fueron suministrados por antiguos oficiales del ejército del Norte, los Sres. Juan N. Saiz y Juan C. Doria.

⁴ Juan B. Híjar y Haro y José María Vigil. *Ensayo histórico del ejército de Occidente*. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1874.

⁵ Manuel Santibáñez. *Reseña histórica del cuerpo de ejército de Oriente*. México, Tip. de la oficina del Impuesto del Timbre, 1892-1893, 2 vols.

es decir, doce días antes de la caída de la ciudad, Puebla encerraba, en cifras redondas, 22,000 defensores, repartidos así:

1,698 oficiales que sumados a 18,523 hombres de tropa de infantería, constituían 50 batallones, más dos contingentes no embrigadados; 135 oficiales y 1,685 hombres de tropa, componiendo 5 grupos de baterías de artillería, con 800 mulas de tiro y carga.

El material comprendía 176 piezas, de las cuales sólo 61 eran de sitio, y 13 morteros. Los cañones de campaña eran en número de 70 y 31 los de montaña. Había dos cañones cortos.

Las ambulancias curaban 777 infantes heridos.

De caballería sólo podía contarse la de la escolta del general en jefe, porque, durante el sitio, 2,800 caballos, que consumían víveres, y cuya presencia hubiera sido inútil, se habían deslizado audazmente entre los sitiadores, la mitad de los mismos en la noche del 24 de marzo y el resto en la del 13 de abril, para ir a combatir fuera de la plaza.

Este efectivo aproximadamente de 22,000 hombres, se mantuvo hasta el fin, porque el comandante, para cubrir las bajas efectuaba reclutamientos en la población.

Se sabe lo que pasó con la guarnición después de la rendición de la plaza. Algunos millares de hombres fueron enrolados en las tropas aliadas del general Márquez; pero en realidad, la masa de prisioneros pudo evadirse sin que los vencedores opusieran obstáculo.

El general Santibáñez nos ilustra sobre este punto porque él era teniente coronel en Puebla. Sin tener la preocupación por la posibilidad de ser internado en Francia, se escapó a ejemplo de muchos de sus camaradas. En esto, hizo uso de su derecho, en vista de que la guarnición, después de haber roto sus armas, y destruido sus municiones, se había disuelto ella misma. Los oficiales, no solamente no pidieron ninguna garantía, sino que la mayoría rehusaron la que se les ofreció. Con respecto a esto, los documentos reproducidos son irrefutables.

Se puede imaginar el gran Estado Mayor alemán, durante la guerra de 1870, permitiendo al gobierno de la Defensa Nacional recuperar las tres cuartas partes de los oficiales, suboficiales y soldados tomados en Metz, y vaciarlos de inmediato en los ejércitos del Loire, desprovistos de cuadros. ¡Qué socorro inesperado para la Francia! Y, sin embargo, toda proporción guardada, es una ventaja análoga a la que el general Forey y su jefe de Estado Mayor el coronel d'Auvergne, oficial incapaz, procuraron con su incuria, a la administración del presidente Juárez.

El ejército de Oriente debía de nacer más tarde, bajo la mano creadora del general Porfirio Díaz. El general Santibáñez nos lo ha demostrado defendiendo Oaxaca, aniquilado por la pérdida de esta ciudad y la cautividad de su comandante en jefe, después de la evasión de éste, se rehacía y lograba grandes ventajas, tanto contra los franco-mexicanos, como contra los austromexicanos, recobrando Oaxaca, Puebla y finalmente México.

En suma, la obra a la cual nos referimos es una rica fuente de noticias.

III

El ejército del Centro, que bajo las órdenes de Arteaga, de Riva Palacio y de Régules opuso una resistencia de las más tenaces, no había encontrado aún su historiador. Esta laguna ha sido en parte llenada, por el licenciado Eduardo Ruiz, con su *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*.⁶ Este libro complejo tiene tanto de la crónica periodística como de historia. El autor, alto funcionario militar y confidente de los generales en jefe, estaba en el lugar adecuado para apreciar los acontecimientos. Conduce alternativamente al lector de las tierras cálidas a las templadas, en medio de paisajes grandiosos; expone las privaciones y las fatigas de sus hermanos de armas; utiliza las notas particulares de sus camaradas, y refuta duramente las crónicas adversas,⁷ narra la muerte del comandante Berthelin, antiguo oficial francés que pasó al servicio del emperador Maximiliano, muy conocido en Guadalajara, y contraguerrillero inhumano, tan temido como el general Dupin, de siniestra memoria. El comandante Berthelin, siempre vestido con elegancia, era notable por su inmoderado uso de perfumes. Una vez muerto, los jinetes campesinos lo decapitaron y su cabeza, paseada en el extremo de una lanza, fue mostrada a las poblaciones. “Ella huele aún a buena pomada”, decían los rancheros riendo.

En una de las escenas de costumbres finamente recogida por el licenciado Eduardo Ruiz, nos ha hecho vivir en el campo enemigo, en donde se mezclaba la cizaña al buen grano. Los relatos, intercalados al modo de los antiguos escritores castellanos, pintan guerreros caballerescos, tales como Nicolás Romero, que consumaban hechos notables, y otros irregulares, más bien bandidos que soldados, como Simón Gutiérrez que se entregaban a los excesos más atroces. En fin, mujeres, compañeras de los combatientes, son presentadas, en el cuadro tropical, en páginas cautivadoras, dignas de Lucien Biart o de Pierre Loti.

En el mismo orden de ideas están los *Recuerdos históricos de la ciudad de Veracruz y costa de Sotavento*,⁸ del jefe de batallón Sebastián I. Campos. Este autor habla de la lucha sostenida en los alrededores del puerto de Veracruz y en la comarca que se extiende hasta el Istmo de Tehuantepec.

El comandante Sebastián I. Campos nos transporta al campo de los adversarios de la contraguerrilla francesa del coronel Dupin y del contingente sudanés, prestado a Francia por el virrey de Egipto. En esta guerra de guerrillas, cuyo carácter salvaje iguala al de la Chouanerie. Nos muestra

⁶ Eduardo Ruiz. *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*. México, Tip. de la Sría de Fomento, 1896.

⁷ Él nos manda a los dioses infernales, porque en un trabajo escrito día a día, durante la campaña, hace treinta años, nosotros cometimos algunos errores perjudiciales a la memoria de ciertos jefes republicanos; no hacíamos otra cosa que repetir lo que se decía en los campos francés e imperial. Nuestra buena fe era absoluta. El cronista que jamás se haya equivocado, que nos arroje la primera piedra.

⁸ Sebastián I. Campos. *Recuerdos históricos de la ciudad de Veracruz y costa de Sotavento del Estado durante las campañas de “Tres Años”, la “Intervención y el Imperio”*. México, Tip. de la Sría. de Fomento, 1895.

la resistencia contra el desembarco de marinos franceses, así como el famoso combate de Camarón, en donde unos seiscientos hombres de la legión extranjera, atrincherados en los escombros de una casucha, mantuvieron durante largas horas, a toda una brigada. Este hecho de armas, muy popular en Francia, contado por un oficial mexicano que en él tomó parte, conserva su carácter heroico. Por este relato, nosotros sabemos ahora que los tres franceses sobrevivientes de la batalla de Camarón pidieron como favor el permiso —concedido de inmediato— de cantar y que, llorando por sus camaradas muertos, y cogidos por la mano, ellos entonaron la *Marsellesa*. Los mexicanos, a la vez asombrados y conmovidos, escucharon en silencio a estos hombres de quienes habían admirado su valor.

En fin, en la obra referida, descubrimos el alma de las gentes de la tierra caliente, así como las cualidades militares nativas de esta raza nueva, resultante de la colonización española, de la que nuestro gran geógrafo Eliseo Reclus dijo que era la más perfecta, puesto que ella reunía la sangre de las principales ramas de la humanidad: la europea, la americana y la africana, y que, etnográficamente hablando, le permite prosperar en la zona tórrida.

Por lo demás, el capitán Seba tián I. Campos ama esta raza de sangres mezcladas, llamados los *jarocho*s, ya adaptada al medio climático y cuyo pensamiento se ha vaciado en el mismo molde que el nuestro. Hijo de Veracruz, reivindica para sí mismo, el título de *jarocho*. Sacrificando mucho a la forma literaria y al orgullo patriótico, permanece concienzudo en el fondo.

Una narración, igualmente notable es la de Eustaquio Buelna, que fue presidente de la Suprema Corte de Justicia y, además, un sabio americanista. El título está hecho en viejo estilo: *Breves apuntes para la historia de la guerra de intervención en Sinaloa*.⁹ El autor trata en ellos las operaciones que se han efectuado en su provincia natal, en donde el imperio no pudo enraizar, y muestra ese espíritu metódico y de equidad que debe esperarse de un magistrado. La lectura de ciertas páginas es cruel para un francés.

En el número de los relatos limitados, se cuentan las *Noticias sobre el ejército de Oriente*, por el general Manuel González, antiguo jefe de Estado Mayor de dicho ejército,¹⁰ y por el señor Pantaleón Tovar, así como el opúsculo del general Miguel Blanco, antiguo ministro de guerra del presidente Juárez, durante los años 1862 y 1863. Este último ha particularmente rectificado la historia de Juan de Dios Arias sobre el ejército del Norte.

IV

Asombra que la defensa de Puebla no haya tentado aún a ningún historiador mexicano. Sin embargo, la resistencia de la plaza merece los elogios de todos, porque recuerda la de los españoles de Zaragoza en 1808 y 1809, que ha sido universalmente admirada.

⁹ Eustaquio Buelna. *Breves apuntes para la historia de la guerra de intervención en Sinaloa*. Mazatlán, Imp. de Reter, 1884.

¹⁰ Remitido sobre la campaña del ejército de Oriente. México, 15 de septiembre, 1867.

Y sin embargo, la administración de Juárez no puede ser culpable de negligencia. Éste había nombrado como historiógrafo de su ejército de Oriente a un cierto Rivera y Río, con el encargo de celebrar el valor de los sitiados, pero de nada sirvió. Rivera y Río no publicó una línea, y es de dudarse que haya jamás publicado una cosa relativa a su misión. Se sabe solamente que, bien lejos de imitar a los reporteros que acompañan a los soldados a la línea de fuego, se mantuvo siempre prudentemente lejos del peligro, buscaba el provecho, y no el honor, y a ejemplo de Susia, “le era suficiente para sí mismo el poder apreciar el valor con que sus hermanos se batían”.

No omitamos *Zaragoza y Puebla*¹¹ del general Jesús Lalanne, hijo de francés, que estableció un paralelo demasiado sumario entre la defensa de las dos plazas. Este brillante oficial, que no ha vacilado en considerar a México como su verdadera patria, rectifica ciertos juicios erróneos del general Du Barail. Refiriéndose a la lista del muy pequeño número de extranjeros que se encontraban en la guarnición de Puebla, y de los que ninguno pertenecía a la artillería, aun cuando se haya dicho lo contrario.

Como extranjeros sólo se contaban tres italianos, un alemán y dos españoles, a los cuales debe agregarse un boliviano y un peruano, agrupados a la delegación del Perú. Este último, capitán de navío, gozaba de una gran consideración, pereció a bordo de un barco que se incendió haciendo el trayecto de Veracruz a La Habana. Había escrito, con el mayor cuidado un diario del sitio, el cual, desgraciadamente desapareció con él.

En definitiva, sobre la defensa de Puebla no poseemos sino el reporte sucinto y austero del general González Ortega, comandante en jefe del ejército de Oriente.¹²

Sin embargo, el señor Tirso Rafael Córdoba, en *El Sitio de Puebla*,¹³ ha dicho alguna cosa, desde un punto de vista inesperado. Habitante de la ciudad, ex-funcionario del gobierno derribado por Juárez, ha reproducido las impresiones de un sitiado enemigo de los defensores. Nada semejante existe en la literatura engendrada por la defensa de Zaragoza. En esta ciudad, los franceses y sus aliados los *josefinos* (españoles partidarios del rey José, hermano de Napoleón), no contaban con un amigo; en Puebla, al contrario, numerosos ciudadanos, a ejemplo de Tirso Rafael Córdoba, hacían votos por el triunfo de los asaltantes.

V

Un monarquista clerical, el señor Niceto Zamacois, ha intentado delinear la historia de la intervención y el imperio. Con este objeto, el infatigable compilador ha dado muchos volúmenes profusos y documentados. Los actos

¹¹ *Zaragoza y Puebla*. México, 1895.

¹² Jesús González Ortega. *Parte general que da al supremo gobierno de la nación, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza*. Zacatecas, Imprenta de Tostado y Villagrana, 1863.

¹³ Tirso Rafael Córdoba. *El sitio de Puebla o Apuntes para la Historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*. Puebla, Imprenta a cargo de J. M. Vanegas, 1893.

de los mexicanos que respondieron a los llamados de sus representantes de Francia y ensayaron establecer en México, una nueva forma de gobierno, son mostrados en esta obra bajo un punto de vista favorable. Algunas operaciones militares son relatadas minuciosamente.

Los trabajos del señor Niceto Zamacois llevan naturalmente a hablar de lo del general Leonardo Márquez. Este último, antiguo jefe de las tropas desde el comienzo de la intervención, ha escrito dos informes *pro domo sua*, los cuales restablecen la verdad sobre innumerables incidentes desfigurados.¹⁴ Aun el general Du Barail, en sus *Souvenirs*, hubiera ganado mucho leyendo estos opúsculos que le habrían evitado hacer apreciaciones temerarias, muy corrientes en el campo francés.

En cuanto al general Leonardo Márquez, soldado de corazón y de naturaleza inteligente, durante mucho tiempo desdeñó responder a los ataques que se atrajo con su devoción a la causa conservadora. Ha hecho mal. Su reputación ha sufrido injustamente. Puesto que el destino le ha permitido escapar al fin trágico de sus colegas Miramón, Mejía y Méndez, y regresar a su patria después de un largo exilio, debería, según nuestra opinión, preparar su justificación. Uno de los más enérgicos lugartenientes de Napoleón, el mariscal Davout, hubiera sido quizás falsamente juzgado, si no hubiera tenido el cuidado de explicar su conducta en su famosa *Memoria sobre la defensa de Hamburgo*, así como sus notas elocuentes utilizadas recientemente por los suyos.¹⁵ El general Leonardo Márquez, cuya inflexibilidad ha igualado la del mariscal Davout, podía imitar este ejemplo. Los historiadores, a ejemplo de los magistrados, les gustan los legajos metódicamente ordenados, que impiden fatigantes búsquedas.

Nadie más autorizado que el general Leonardo Márquez para hablar de los aliados mexicanos, que al lado de las tropas francesas, desplegaron valor, sufrimiento y devoción. Estos auxiliares han sido siempre mal apreciados: el cuerpo expedicionario los desdeñó y el emperador Maximiliano los descuidó. Al fin de su reinado, el infortunado monarca los reunió a su alrededor y los hizo combatir bajo su dirección. Viéndolos fieles y pródigos de su sangre, deploró no haberse antes ocupado de ellos.

Jamás las fuerzas imperiales mexicanas, han sido objeto de un estudio especial. Por lo demás, la misma laguna existe entre las tropas españolas del rey José, tropas mucho más numerosas de lo que se cree comúnmente, y a las que Napoleón pidió contingentes, de los cuales uno pereció con el Gran Ejército, bajo las nieves de Rusia.

Un ex-ministro plenipotenciario ante diversas cortes europeas y miembro de la comisión encargada de ir a ofrecer la corona al infortunado archiduque Maximiliano, en el castillo de Miramar, el señor Francisco de Paula de Arran-

¹⁴ Leonardo Márquez. *Manifiesto que dirige a la nación mexicana el general Leonardo Márquez*. Nueva York, 1868. Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada Ramírez de Arellano. 1869.

¹⁵ Vcr. entre otras, *Las operaciones del tercer cuerpo, 1806, 1807*, obra de primer orden, publicada por el general Davout duque de Auerstaedt, sobrino del mariscal. París, 1896.



HISTORIOGRAFÍA SOBRE EL IMPERIO DE MAXIMILIANO

goiz, publicó: *Apuntes para la historia del Segundo Imperio mexicano*¹⁶ (Madrid, 1869), habiendo convenido que el Primer Imperio fue el gobierno establecido por Iturbide, después de la proclamación de la Independencia. El antiguo diplomático hace notar los servicios prestados por los mexicanos aliados, critica las incoherencias de los comandantes en jefe franceses, enumera las desilusiones sufridas por los conservadores, califica duramente la conducta del soberano muerto y lo acusa irreverentemente de más de una bribonada.

VI

Tenemos otras compilaciones y trabajos que están en conexión con nuestro propósito y son indispensables al historiador. Así la legación mantenida en Washington por Juárez, y que los Estados Unidos no cesaron de reconocer, a pesar de los esfuerzos del emperador Maximiliano y sus amigos y aliados europeos, ha desempeñado un papel de primer orden. Servía de intermediaria entre las diversas partes a las que estaba reducido el Estado republicano, y constituía contra el imperio un centro de resistencia tanto más fuerte, puesto que se apoyaba en las simpatías casi unánimes del pueblo norteamericano. La correspondencia de esta legación ha sido publicada.¹⁷ Se encuentran en esta obra los temas más diversos ligados todos entre sí.

Uno de los ministros del presidente Juárez, el licenciado José María Iglesias, ha descrito la energía desplegada por el partido liberal contra la intervención. Su obra *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*,¹⁸ es un conjunto de estudios políticos, económicos y militares, redactados durante la lucha, y fechados la mayor parte de los casos en los albergues de las etapas del gobierno republicano convertido en trashumante, obligado a refugiarse en Paso del Norte, y listo a pasar, por necesidad, el río que separaba el territorio norteamericano.

El señor José María Iglesias nos ha hecho conocer a fondo el carácter y los puntos de vista de su gobierno, y ha demostrado que Francia, al persistir en su empresa, debía gastar su sangre y sus recursos sin ninguna utilidad. Relata particularmente los hechos de guerra acontecidos en Sonora.

El hijo del autor, el señor Fernando Iglesias Calderón ha sabido, en sus escritos específicos extraer la filosofía de los trabajos paternos.

Bajo el título de *México, Francia y Maximiliano*,¹⁹ el señor Hilarión

¹⁶ Francisco de Paula de Arrangoiz. *Apuntes para la historia del Segundo Imperio mexicano*. Madrid, Imp. de M. Rivadeneyra, 1869.

¹⁷ *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera*. México, Imp. del gobierno federal en el ex-arzobispado, 1867-1892.

¹⁸ José María Iglesias. *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*. México, Imp. del Gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, 1867-1869, 3 vols.

¹⁹ *México, Francia y Maximiliano*. Juicio sobre la intervención y el Imperio, escrito con el objeto de rectificar los errores de la obra de Emile Kératry intitulada: *Elevación y caída del emperador Maximiliano. Intervención Francesa en México*. 1861-1867. Escrita por el conde de Kératry. Precedida de un prefacio de

Frías y Soto, ha comentado la justificación del Mariscal Bazaine, publicada en 1868, por el señor De Kératry, la cual hizo gran ruido en la época. Si hay que hablar francamente, el antiguo general en jefe del cuerpo expedicionario no hizo sino obedecer órdenes, frecuentemente extraordinarias, enviadas algunas veces confidencialmente por el emperador Napoleón III.

El señor Hilarión Frías y Soto ama la verdad y muestra gran sagacidad; se extiende sobre el drama de Querétaro al que asistió. Pero su estilo enfático y pomposo no armoniza con la gravedad de la historia.

Empujado por sentimientos patrióticos, el señor Gustavo Baz, fino letrado y primer secretario de la Legación de México en Francia, escribió en su juventud, la *Vida de Benito Juárez*²⁰ (México, 1874). Dicha obra es un tributo de admiración hacia aquel que, a los ojos de los patriotas mexicanos, sintetiza la defensa nacional. Se puede sacar gran provecho de esta obra.

Unos bo quejos de la historia militar del general Porfirio Díaz han sido hechos por un autor anónimo, que nosotros sospechamos puede ser Ireneo Paz,²¹ y por el general Escudero, antiguo subsecretario de Estado en el Ministerio de Guerra mexicano.

En *Algunas Campañas*²² (México, 1884), Ireneo Paz describe exactamente el estado de alma de los hombres que habiendo combatido con la pluma y la espada la intervención, llevaron a México a un nuevo orden de cosas.

Muy conocido más allá del Atlántico, a la vez poeta, soldado, político; unas veces conspirador feliz o prisionero gimiente en las cárceles; polemista frecuentemente aplaudido o perseguido, el señor Ireneo Paz ha tenido aventuras que hacen pensar en las de Cervantes o en las de Camoens. Representa aún una especie de Gil Blas actuando en la nueva España, como se llamaba en otro tiempo a México, en el siglo XIX. Sus observaciones son finas y sus retratos conmovedores. El autor merecería los honores de la traducción.

Ignacio Manuel Altamirano ha reunido en un volumen *Discursos* (París 1892),²³ los principales discursos que ha pronunciado en ocasión de los aniversarios y de las fiestas patrióticas o de los adioses a los difuntos que habían tenido un papel en los acontecimientos. Sus discursos son fragmentos escogidos, de los cuales el más interesante para nosotros es la oración fúnebre de los generales Arteaga y Salazar, comandante en jefe el primero, y jefe de Estado mayor del ejército del Centro el segundo, pasados por las armas en Uruapan, el 21 de octubre de 1865, y cuyos restos se llevaron piadosamente al Panteón de México el 17 de junio de 1869. Hay ahí un cuadro conmovedor de vuelo grandioso.

A la vez tribuno fogoso, literato de talento, juez íntegro y soldado valeroso,

Prevost Paradol de la Academia francesa. Traducida por Hilarión Frías y Soto. México, Imp. del Comercio de Nabor Carrillo, 1870.

²⁰Gustavo Baz. *Vida de Benito Juárez*. México, Casa Editorial y Agencia de publicaciones de Enrique Capdevielle y Cía., 1874.

²¹*Datos biográficos del general de división Porfirio Díaz con acopio de documentos históricos*. México, 1884.

²²Ireneo Paz. *Algunas Campañas*. Memorias. México, Imp. y Litografía de Ireneo Paz, 1884, 1885.

²³Ignacio Manuel Altamirano. *Discursos*. París, 1892.



habiendo tomado parte, con los contingentes del Sur, en las operaciones militares contra los franceses y los imperiales, Ignacio Manuel Altamirano, que tenía la intuición de las cuestiones militares, trata a los hombres y a los hechos con un criterio superior. De paso, recordaremos que como Juárez, pertenecía a la raza india pura y se había formado él mismo, manejaba admirablemente nuestra lengua y consideraba nuestro país como una segunda patria. Queriendo conocer Francia, vino a ella en calidad de cónsul general de México y murió en este país en febrero de 1893.²⁴ Era un “hombre de bien”, según la vieja definición española, y un “buen ciudadano”, según la fórmula moderna.

Bajo el título un poco melodramático de *Muertos y vivos* el coronel Carlos de Gagern ha estudiado los personajes a los que ha estado próximo, y entre los cuales, contamos los generales Miramón y González Ortega, el presidente Juárez, los mariscales Forey y Bazaine, y en fin y sobre todo, el emperador Maximiliano.

Mucho ha visto y retenido el autor. Después de haber formado parte, como segundo lugarteniente de artillería prusiana, llegó en 1853 a México, en donde prestó sus servicios. Él comandaba el batallón de zapadores de ingeniería en Puebla, y vino como prisionero a Francia. Aunque internado, dirigió al archiduque Maximiliano, aún residente en Austria, una memoria para disuadirlo de aceptar el trono, y le enumeró los peligros a los que iba a exponerse.

Al retirarse la intervención, el antiguo oficial prusiano estaba a la cabeza de un cuerpo de infantería; en mayo de 1867, visitó al soberano, caído en Querétaro en poder de los republicanos. Éste —nosotros fuimos testigos— lo trató con consideración y, tomándolo aparte, le dijo: “Usted ha sido buen profeta.”

El coronel Carlos de Gagern da prueba de erudición, pero cegado por pasiones demagógicas, frecuentemente formula juicios falsos y emite aserciones ridículas.

En *Campaña y guarnición*²⁵ el coronel Eldemiro Mayer, ofrece escenas de la vida militar teniendo por teatro el campo republicano. El autor, oficial argentino, de origen germánico es galófono; había pasado al servicio de los Estados Unidos para hacer una campaña en el ejército del Norte, después había ofrecido su espada a Juárez.²⁶ Los episodios que ha contado son curiosos, bien observados pueden ser comparados a los ya descritos por Gabriel Ferry. La forma en ellos es agradable, pero el detestable yo está allí demasiado en evidencia. Las aventuras militares, como las otras, tienen necesidad de ser narradas sin infatuación.

Pueden reunirse a las obras precedentes *El Sol de Mayo* y *el Cerro de las Campanas*,²⁷ de Juan Antonio Mateos, diputado en el Congreso. Son dos

²⁴ *Toude und Lebende*. Erinnerungen Karl von Gagern. Berlín, 1894.

²⁵ *Campaña y guarnición*. Buenos Aires, 1892.

²⁶ Incorporado al ejército argentino, el coronel Edelmiro Mayer se convierte en general de brigada y muere hacia 1895, gobernador de la Tierra del Fuego, en el extremo sur del Nuevo Mundo, después de una carrera de las más accidentadas.

²⁷ Juan Antonio Mateos, *El Sol de Mayo*. Memorias de la Intervención. Novela histórica. México, Imp. de Ignacio Cumplido, 1868.

novelas nacionales a la Erchmann-Chartrian, se ha hecho una narración de la campaña contra la intervención francesa. Se encuentran allí las costumbres y los hábitos originales del pueblo, así como una visión nítida del terror y de las fisonomías. El estilo en estas obras es sabroso y lleno de colorido, emplea a la perfección el lenguaje usual de los soldados mexicanos, lo mismo de los regulares como de guerrilleros.

A estas publicaciones les han sucedido otras pero no entran en nuestro cuadro. Por lo demás, nosotros no citamos el *Sol de Mayo* sino por excepción.

No olvidamos las *Cuentas de la intervención*,²⁸ en donde el señor Manuel Payno, economista y antiguo ministro de finanzas, demuestra que el gobierno del emperador Maximiliano no podía ser viable: las cargas, resultantes de los empréstitos y de la ocupación francesa, gravaban muy seriamente el presupuesto imperial y el déficit no podía ser cubierto.

En el tomo v del *México a través de los siglos*,²⁹ el señor José María Vigil, director de la biblioteca de México, ha relatado, en su conjunto la lucha contra Francia. Ha aprovechado ampliamente a nuestros autores y ha amalgamado notas y recuerdos de sus compatriotas.

A este mismo género pertenecen la *Historia de la guerra de México de 1861 a 1867*, del señor Pedro Pruneda,³⁰ así como la obra del licenciado Ignacio Álvarez, que fue actor en las actividades militares y cuyos comentarios invitan a la meditación.

En 1885, el gobierno mexicano mandó publicar en francés, una réplica al historiador italiano César Cantú que en los últimos treinta años, había defendido con virulencia ciertas aseveraciones calumniosas, la memoria de "su amigo" el emperador Maximiliano.³¹ Esta refutación, de un carácter sobre todo político, es atribuido a Pedro Santacilia, yerno del difunto presidente Juárez y cubano de origen. Ha sido distribuido con profusión en Europa y César Cantú ha reconocido lealmente la verdad de la misma.

No estamos seguros de no haber olvidado nada. La bibliografía mexicana se enriquece con bastante rapidez. Se concibe que el drama de Querétaro haya dado origen a toda una literatura. No vamos a ocuparnos aquí de él, en vista de que cuando tuvo lugar este funesto epílogo, se había efectuado la retirada de la intervención francesa.

VII

Innumerables son los artículos de periódicos y revistas, discursos, boletines y folletos que tuvieron por objeto aportar una contribución a la historia. Entre las firmas autorizadas citemos, al azar a: Francisco Zarco, Guillermo

²⁸ Manuel Payno. *Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la intervención y del Imperio*. México. Imp. de Ignacio Cumplido, 1868.

²⁹ *México a través de los siglos*.

³⁰ Pedro Pruneda. *Historia de la guerra de México desde 1861 a 1867*. Madrid, 1867.

³¹ Juárez y César Cantú. *Refutation des charges que, dans son dernier ouvrage, L'Historien Italien fait peser sur le "benemérito" d'Amérique*. México, 1885.



Prieto, Riva Palacio, este último murió siendo plenipotenciario en Madrid, Ángel Pola, escritor fecundo, los generales Sóstenes Rocha y Francisco Troncoso, muy competentes en su arte, Gonzalo A. Esteva, que después fue ministro de México en Roma, Francisco Sosa, Juan N. Saiz, ex oficial de ordenanza del general Naranjo, Justo Sierra, Juan de Dios Peza, los colaboradores de la *Revista militar mexicana*, órgano especial, etcétera. Algunos de ellos han tenido una imaginación desbordante

Numerosas igualmente son las biografías de los héroes de la guerra. Estos “héroes” no son aún gigantes, como entre nosotros los hombres de la Revolución, pero esto vendrá. Es asunto de la próxima generación, porque la humanidad, contrariamente a las leyes de la óptica, tiende a engrandecer lo que está lejos.

Se adivina, que la mayor parte de estas biografías son apologías particulares y abundan en ellas los elogios de *trambescos*. Sin embargo, se espigan en ellas ciertos buenos granos. Algunas, son del género simple y de un interés afable, tal por ejemplo, la biografía del general Vicente Villada,³² que traza con exactitud, los episodios sangrientos de la campaña de Michoacán, así como los esfuerzos persistentes de los republicanos para vivir, esperando la retirada inevitable de la intervención, y para reparar los desastres sucesivos, reorganizando también sus fuerzas diezmadas y dispersas.

Entre todos los jefes que nos fueron opuestos, el general Vicente Villada entonces coronel, fue uno de los que mostraron el más alto talento de organización. Las formaciones, batallones y escuadrones, al pasar por sus manos sujetas a su conducta e instrucción, se habían distinguido como tropas regulares. A estas cualidades militares, agregaba sentimientos humanos —de esto hemos sido testigos— de lo que se aprovecharon los soldados franceses e imperiales caídos en sus manos. El rasgo siguiente da fe de ello:

El 20 de febrero de 1865, en el combate de la Villa de los Reyes, en Michoacán, un cabo de zuavos, apellidado Rousseau, tiene la pierna destrozada por una bala de fusil vizcaíno, y es hecho prisionero. En sus sufrimientos, el desgraciado solicita como un favor, el que le sea amputada. Entre los oficiales que le recogieron y que comprendieron su lengua, está el coronel Vicente Villada, del que hablamos más arriba, el coronel Vargas y el subteniente Espiridión Trejo.

El coronel Vargas, en su juventud, había sido estudiante de medicina pero le faltaban instrumentos y en el lugar no había un practicante. ¿Qué hacer ante las súplicas conmovedoras de un agonizante? Entonces, el coronel Vicente Villada y sus compañeros pidieron los útiles y se entregaron audazmente a la obra. A despecho de todo, los improvisados cirujanos llevaron a feliz éxito la operación. Rousseau se restableció, recibió de sus operadores una rústica pierna de madera y un pequeño peculio, fue puesto por ellos en libertad al mismo tiempo que un capitán de zuavos, menos gravemente herido.

Al separarse de los oficiales mexicanos, convertidos en sus amigos, Rousseau se los agradeció con efusión y se declaró feliz, porque, asegura él, al regresar a Francia, él sería admitido en el Hotel de los Inválidos, en donde terminará tranquilamente sus días.

³² Actualmente gobernador del Estado de México.

El principal biógrafo mexicano, señor Francisco Sosa, ha publicado, en una buena colección *Biografías de mexicanos distinguidos*³³ (México, 1884), estudios sobre aquellos de sus compatriotas que habiendo desempeñado un papel destacado durante la guerra, murieron antes de 1884. No hablando sino de los muertos, ha logrado una gran independencia de criterio. Los retratos que presenta están trazados con estilo lapidario. Después, gran cantidad de autores de la lucha contra la intervención francesa han sucumbido y su memoria merece igualmente un homenaje, sin duda, Francisco Sosa piensa hacérselos.

En cuanto a los poetas, que han celebrado los “héroes de la nación”, constituyen una legión. Sin embargo, se distingue Gallego y Lista, cuya inspiración es juzgada igual a la de Espronceda, y aun a la del divino Herrera. Bellas también son las odas sobre el general Ignacio Zaragoza y sobre la victoria del 5 de Mayo de 1862, debidas a Guillermo Prieto, Manuel Flores, Justo Sierra y Acuña. En fin, los críticos del país comparan a las primeras obras maestras de la literatura castellana, una oda de José Fernández, antiguo subsecretario de Estado en el Ministerio de Negocios Extranjeros.

Pero detengámonos allí. Es sobre todo hablando de los chantres de la gloria nacional que es prudente repetir los famosos versos:

J'en passe et des meilleurs.

VIII

En el porvenir, lo que nosotros acabamos de enumerar será completado por las *Memorias* cuya existencia ha sido ya anunciada, las del general Porfirio Díaz, que, desde hace más de veinte años, gobierna México. Mejor que nadie, el narrador hablará de las operaciones que ha dirigido contra el ejército francés, la legión austriaca y las tropas imperiales. Nos indicará cómo hizo para levantar, instruir y mantener el segundo ejército de Oriente, el cual precipitó la caída del Imperio.

Al respecto, recordamos que en 1867, antes de reembarcarse en Veracruz con sus últimos escuadrones, el mariscal Bazaine haciendo alusión al ejército que había surgido sobre sus flancos, decía:

Después de haberse escapado de Puebla, solo y medio desnudo, Porfirio Díaz osó reemprender la campaña con tres patanes y un lépero, helo aquí ahora a la cabeza de verdaderas tropas.

Por su parte, algunas semanas después el emperador Maximiliano encerrado en Querétaro, se daba cuenta con asombro, que el general Díaz había concentrado sus fuerzas y tomado Puebla por asalto, combatido un ejército de socorros y bloqueado estrechamente México.

El infortunado príncipe se rehusaba a creer en nuevas tan funestas, que le quitaban sus últimas posibilidades de salvación. No acabó por entregarse

³³ Francisco Sosa. *Biografías de mexicanos distinguidos*. México, Edición de la Secretaría de Fomento, 1884.

a la evidencia sino en la mañana del 15 de mayo de 1867, viéndose en poder de sus enemigos.

Los talentos de organizador, que habían maravillado al general Bazaine y frustrado los cálculos del emperador Maximiliano, completaban en el general Porfirio Díaz, los dones de hombre de guerra, el carácter, el buen sentido, el ojo perspicaz, la decisión, el espíritu político, el sentimiento de la justicia, la probidad, la salud, el poder de trabajo y la actividad física.

Por lo demás, el presidente Porfirio Díaz contará, sin réplica, algunos hechos todavía no dilucidados. Sabemos que, previendo una abdicación del emperador Maximiliano y conforme a las instrucciones confidenciales del Gabinete de las Tullerías, el mariscal Bazaine le ofreció al general en jefe del ejército de Oriente, colocarlo a la cabeza del Estado mexicano, y de ofrecerle suministrar apoyo indispensable si quería entenderse con Francia. Sabemos, por otra parte, que con el objeto de atraérselo, el monarca le propuso convertirlo en su principal lugarteniente. Estas ofertas tan seductoras en la forma, pero tan engañosas en el fondo, fueron rechazadas con dignidad. Será interesante conocer la cuestión con todo detalle.

En todo caso, el general Porfirio Díaz es un hombre feliz. La fortuna le ha permitido sobrevivir a terribles acontecimientos y de esta manera, combatir por anticipado, la ingratitud y el olvido. Esto es lo que “la muerte imbécil” ha impedido hablar debidamente de aquellas figuras que permanecen en la penumbra y que, a pesar de todos los esfuerzos, carecerán eternamente de relieve.

Hay que imaginarse a Magallanes —él era más genial que Colón—, contando el primer viaje alrededor del mundo; a Desaix su campaña del alto Egipto; a Gordon la defensa de Khartoum, y también Ney, perdonado por Luis XVIII, dictando, en la tranquilidad del hogar doméstico, lo que él había realizado y visto de heroico cubriendo la retirada de Rusia. Cierto, él habría escrito páginas palpitantes que sobrepasarían con cien codos las de la Retirada de los Diez Mil de Xenofonte!

En fin, para inscribirse en el Templo de la Memoria, ningún elemento —ni años ni piezas—, nada le faltará al presidente de la República Mexicana.

Cada uno se acuerda de los obstáculos y la pena sentidos por Napoleón, cautivo en la isla de Santa Elena, tan luego como relataba sus campañas, apreciaba sus adversarios y redactaba sus enseñanzas imperecederas. No tenía a su disposición los documentos necesarios y no podía memorizar las fechas; se lamentaba aún de no poseer ciertos libros favoritos. Largos meses transcurrían antes de recibir las obras pedidas a Europa.

Jamás el general Porfirio Díaz conocerá parecida angustia, porque dispone de los archivos mexicanos, ahora en orden y formando una fuente incomparable, ignorada de los extranjeros. Todo lo que había sido perdido durante las retiradas y recolectado en provecho del imperio, ha sido vuelto a encontrar en 1867.

Cierto, estas *Memorias*, teniendo la perspectiva que es necesaria, emanando de un amplio espíritu, lleno de claridad, sin rencores, no causarán decepción como las de Talleyrand, en donde se ha intentado en vano encontrar lo inédito y el encanto de la franqueza.

Se ha anunciado igualmente una obra de Sebastián Lerdo de Tejada, ministro de Negocios Extranjeros del presidente Juárez. Escrita durante el

exilio en los Estados Unidos, esta obra titulada *México después del establecimiento de la República hasta 1876*, contendrá revelaciones sensacionales sobre el periodo que nos ocupa.

IX

Se sabe que el gobierno de Juárez no desesperó jamás de su causa; los autores citados hablan de su administración subsistente en el interior del país, allí se colectaban los impuestos, a pesar de la ocupación extranjera y la instalación del imperio en las ciudades de alguna importancia.

En cuanto a los ejércitos improvisados de la República, constituye un acto de justicia elogiar la constancia de los jefes y los sufrimientos de los soldados. Unos y otros, sobrios por temperamento, opusieron un estoicismo invencible a la acción disolvente de una miseria espantosa. De ello no se encuentran ejemplos en la época moderna, sino en los ejércitos turcos y en los de la Primera República francesa.

Barrès nos lo ha contado: después de la toma de Toulon sobre los ingleses, se quiso, en un homenaje público recompensar los servicios extraordinarios del comandante de artillería Napoleón Bonaparte, de quien se había hablado por primera vez, y se le invitó a sentarse, en un banquete, a la mesa de los representantes del pueblo. El joven oficial rehusó mostrando su ropa usada y rota y confesó que él no tenía otra para cambiarse.

Parecida proeza, en un hombre que se convertiría algunos años más tarde, en el emperador de los franceses, ha tenido su equivalencia en México. Nosotros la sabemos gracias a un antiguo pagador de la guarnición de Puebla, testigo del hecho siguiente:

En los primeros días de la lucha contra la intervención, el general Porfirio Díaz se encontraba en Huatusco con una brigada que recibía apenas tres días de sueldo por mes. La condición de aquel que debía dirigir México con la autoridad de un verdadero soberano, era entonces tal, que, algunas veces, iba a solicitar de su pagador —a título de anticipo— un peso, y se consideraba ingenuamente como muy obligado tan luego como él cobraba esta ínfima suma.

X

Durante los seis años de lucha, los efectivos variaron sin cesar. Hubo un instante, en 1865, en que se creyó el imperio consolidado. Entonces las tropas republicanas no contaban sino apenas con algunos millares de hombres dispersos. Pero, desde 1866, las cifras crecieron de nuevo y, al fin de la guerra, en junio de 1867, después de la ejecución de Maximiliano, el gobierno de Juárez tenía alrededor de 60,000 hombres sobre las armas, compuestos principalmente de contingentes movilizadas por los Estados de la Federación.³⁴ A pesar de la penuria de las finanzas, la descentralización había permitido organizar rápidamente. Se había tenido que recurrir a la

³⁴ *Memoria de guerra y marina*. Informe al Congreso hecho por el general Ignacio Mejía, ministro de Guerra y Marina. México, noviembre, 1869.

odiosa leva o al reclutamiento forzoso, que había suministrado la mayoría de los soldados.

Antes de indignarse contra la leva, es necesario recordar los medios empleados, hace solamente algunos años, por los ingleses en Egipto, para integrar los regimientos negros destinados al Sudán, y también los procedimientos de los que nosotros nos hemos servido en Dahomey para formar los batallones de tiradores *haoussas* enviados a Madagascar. Las administraciones inglesas y francesas han reclutado, en los dos primeros países, con una iniquidad que no le cede en nada a la demostrada por los peores gobiernos americanos, y esto sin tener el derecho, como el presidente Juárez, de invocar la necesidad de la defensa nacional.

En los últimos tiempos, las fuerzas republicanas estaban divididas en cuatro ejércitos: del Norte, de Occidente, del Centro y de Oriente. Las tres primeras se concentraron en Querétaro donde las vimos, en el comienzo de marzo de 1867. A finales de mayo, se reunieron al ejército de Oriente, que sitiaba estrechamente la capital, y a la caída de ésta, las cuatro se encontraban reunidas en el Valle de México. Además, algunos destacamentos se mantenían en la frontera del Río Grande, en Querétaro y en Veracruz. El ejército del Norte poseía el mejor armamento, el de Occidente los cuadros más experimentados; el del Centro, que había sufrido desastres repetidos, infligidos por el general imperialista Ramón Méndez, era el menos sólido; el de Oriente, constituido en las comarcas que tenían alguna industria se encontraba mejor provisto.

XI

La revista del ejército ofrecía un espectáculo indescriptible. Todas las razas del país estaban representadas en él, se veía en el mismo hasta los pintos de Guerrero (gentes que tenían la piel marmoleada por una lepra subcutánea). No existía ninguna uniformidad en el vestido, ni en el equipo, ni en el armamento. Cada unidad se había formado, según las circunstancias. Algunos cuerpos tenían uniformes a la francesa, otros eran de fabricación norteamericana, o tomados de los depósitos arrebatados al ejército imperial. Algunos cuerpos no habían distribuido entre sus hombres sino saco y pantalón de algodón, y un pequeño chacó con cubre-nuca; un sarape, enrollado durante el día, servía de manta durante la noche. Los que venían de las tierras calientes o del Pacífico se quejaban de un clima que era sin embargo templado.

La caballería, relativamente numerosa, contaba cerca de trece mil caballos. Los escuadrones irregulares tenían blusa roja y el gran sombrero nacional; se les denominaba los chinacos y eran los exploradores comparables a los cosacos. Los animales, de pequeña talla, pero vigorosos, estaban fatigados y mal cuidados.

El armamento era de procedencias diversas. Al lado de los *spencers* de seis tiros, último grito del progreso, de las carabinas Enfield, tomadas a las tropas belgas, austriacas e imperiales, había fusiles y mosquetes poco peligrosos, revólveres y sables de todos los modelos. Con la lanza, el arma de los pueblos pobres, había sido dotada una parte de la caballería.

El material de artillería comprendía piezas de cañón liso de origen español

y francés, así como piezas rayadas de fabricación norteamericana y austriaca. Este material estaba enganchado a carros arrastrados por mulas. En muchas unidades la instrucción era rudimentaria, y la desertión un azote del que se quejaban los oficiales.

Imitando la conducta de Hernán Cortés hacia los soldados de Pánfilo de Narváez y conforme al uso adoptado en toda la América hispánica, los vencedores habían incorporado a sus filas a todos los hombres de tropa hechos prisioneros. Los antiguos oficiales y cabos imperiales habían perdido sus galones provisionalmente.

El elemento extranjero, sin importancia, estaba sobre todo representado por desertores del ejército francés y de las legiones extranjeras, entre los cuales la mayor parte permanecían en las filas inferiores. Sin embargo un alemán, el coronel Carlos de Gagern, y un argentino, el coronel Edelmiro Mayer, comandaban brigadas. Un cierto número de norteamericanos eran también oficiales subalternos. Un pequeño grupo de californianos había constituido una guerrilla, unida al ejército de Occidente. Como los mercenarios no van allí donde el dinero escasea; ésa era la razón por la cual casi no se veían en el campo republicano.

Todo, en esta extraña amalgama, evocaba a la vez el recuerdo de los ejércitos creados por las juntas españolas en 1808, así como los de los primeros insurgentes mexicanos guiados por los curas Hidalgo y Morelos. Excepcionalmente, se percibía lo pintoresco de las caballerías gauchas del Río de la Plata, lo grotesco de las tropas negras de Toussaint Louverture, así como lo despechugado de las bandas de Garibaldi. En Francia el ejército de los Vosgos, en 1870-1871, presentó un aspecto casi igual de dispar.

De cualquier manera que hubiera sido, las fuerzas republicanas habían ejecutado marchas prodigiosas y conducido con éxito una campaña difícil. Aguerridas en la lucha contra los franceses, ellas estaban bien en la mano de sus jefes. Y éstos acababan de pasar por la mejor de las escuelas: la guerra. ¿En qué se convirtieron después los ejércitos republicanos?

Una vez de nuevo en México y después de haber proclamado el restablecimiento de “el orden constitucional”, Juárez los juzgó una carga y decretó su disolución. Sin embargo, por medida de precaución, conservó aproximadamente 20,000 hombres, con cuadros escogidos, y los equipó nuevamente. El licenciamiento, cuyas consecuencias se temían, fue un golpe de audacia que resultó a la medida de su deseo.

En cuanto a los guerrilleros de profesión, incapaces de someterse a una disciplina rígida, se formó con ellos una caballería especial, encargada de la policía de las rutas y a la cual se dio un sueldo elevado. Los hombres que la componían casi siempre enemigos de la paz pública, se convirtieron en los servidores devotos del poder federal: vestidos de cuero y equipados a la moda del país; bien armados y montados, manteniéndose por su cuenta, presentaban una gran semejanza con la caballería irregular de la India. Esta guardia rural acabó por restablecer la seguridad en los campos. La institución, funcionando a satisfacción de todos, alcanzó un gran desarrollo.

Desde 1869, el Colegio Militar de Chapultepec, del que Maximiliano no se había ocupado un instante, se había reabierto. Después, este establecimiento, uno de los mejores del Nuevo Mundo, suministró oficiales instruidos a un

ejército permanente, que ahora bien disciplinado y pertrechado, mantiene el país en una profunda tranquilidad.

Los grados militares envilecidos por las guerras civiles y prodigados por el gobierno de Juárez, han encontrado su valor normal. La regla es ahora: “ningún grado sin empleo”...

Actualmente, México puede movilizar, en poco tiempo, tropas de primera línea, el equivalente de dos cuerpos de ejército, y poco después, en tropas de segunda línea, una centena de millares de hombres suficientemente encuadrados y armados.

Cierto, el Estado mexicano si marchase de acuerdo con los Estados Unidos, podría muy fácilmente hacer salir al exterior un cuerpo de ejército cuyo concurso sería precioso para las operaciones que tuviesen lugar en regiones intertropicales.

XII

Los autores mexicanos pertenecientes al partido liberal confunden intencionalmente “intervención armada” con “invasión conquistadora”; ellos nos reprochan haber iniciado las hostilidades, sin previa declaración de guerra, habiendo burlado la fe jurada, cuando en abril de 1862, el general Lorencez reemprendió las operaciones militares sin hacer regresar el cuerpo expedicionario a las tierras cálidas, donde reinaba, es verdad la fiebre amarilla, pero a donde también, en virtud de los Convenios de la Soledad, debía retornar.

Casi todos los autores mexicanos atribuyen a sus compatriotas la gloria de haber expulsado las tropas francesas del suelo patrio. La afirmación es excesiva, porque habiendo reconocido que el emperador Maximiliano había asumido una tarea superior a sus capacidades y que la permanencia prolongada, más allá del Océano, de la flor del ejército francés paralizaba su acción en Europa, Napoleón III había resuelto definitivamente abandonar su utópica empresa. La expedición de México era según una expresión célebre, “una espina en el pie de Francia”. En fin, la partida del cuerpo expedicionario fue aun precipitada por la actitud de los Estados Unidos, que a su vez, amenazaba intervenir en favor del presidente Juárez.

Pero, lo mismo en el Nuevo Mundo que en el antiguo, el fanatismo patriótico no razona, y, en México la lucha sostenida, de 1861 a 1867, se ha denominado “segunda guerra de Independencia”. Este nombre pomposo halaga el amor propio nacional. Por lo demás, el cinco de mayo de cada año, se celebra oficialmente el triunfo de las armas mexicanas. Este día es el aniversario del brillante suceso que tuvo lugar en 1862, contra el pequeño ejército francés del general De Lorencez que atacó Puebla, conducido locamente, sin preparativos ningunos y que después de haber sido diezmado, debió batirse en retirada hasta el mar.

El general Ignacio Zaragoza, que comandaba en esta pequeña jornada y que murió de tifo algunos meses después de su triunfo, es venerado al menos tanto como Nelson en Inglaterra. A decir verdad, merece el reconocimiento de sus conciudadanos, porque bien que teniendo la ventaja de su posición, el efectivo de sus fuerzas no sobrepasaba al de sus adversarios, cuyo prestigio era inmenso. Combatió sobre todo por el honor. La victoria

que logró tuvo consecuencias inesperadas, que se han comparado justamente a las de la batalla de Valmy. El presidente Juárez ganó todo un año para aumentar e instruir a sus tropas, fortificar Puebla, conducir a él a los vacilantes y aplicar el *salus populi suprema lex esto*.

He aquí algunas anotaciones:

Durante la larga y horrorosa guerra de la península ibérica, sostenida por españoles y portugueses contra la hegemonía napoleónica, ninguna reputación militar ha surgido de entre ellos. Palafox, capitán general de Aragón y jefe de la guarnición de Zaragoza, no fue más que una energía soberbia y local. Morillo, antiguo sargento de artillería, y Castaños, favorecido por la capitulación de Baylén, no fueron algo más que lugartenientes de segundo orden, tratados con desdén por Wellington. El general inglés, únicamente por excepción mostró sus talentos de algunos de ellos. Por lo contrario, en México, los nombres de Zaragoza, Porfirio Díaz, Escobedo y Corona, que no habrían jamás franqueado la frontera sin la lucha contra Francia son ahora honorablemente conocidos hasta en el Viejo Mundo y sirven ya de modelo a las jóvenes generaciones de la América Latina.

En fin, nosotros hemos citado al general Lalanne, como jefe que sostuvo las armas contra la intervención. No es el único ejemplo de hijo de franceses que se encuentra en ese caso. Otros lo han imitado sin remordimiento, tal cosa sucede con el general Coutolene, que ha mostrado también aptitudes para el mando. La causa del hecho merece ser explicada. En México, la colonia francesa es importante, respetable y respetada; sus hijos son mexicanos desde la primera generación, y puede aplicárseles la frase tan finamente verdadera de Tocqueville: “Jamás un americano consentirá en declarar que América no ha sido descubierta por un americano.” Este sentimiento, tan vivo en las orillas del Río de la Plata, como en las del Mississippi, es, en México llevado al extremo; él separa a los hijos criollos de sus padres españoles, y, finalmente, ha colocado la idea de patria por encima de la de familia. En una palabra, este sentimiento ha desprendido del tronco europeo una rama para darle raíces de una savia independiente en el suelo americano. Naturalmente los descendientes de franceses no han escapado a esta influencia territorial y fatal. Y que lo sepan bien los franco-canadienses, a pesar de su afecto por Francia, no consentirían en volver a quedar bajo su dominación. Por su parte, los luisianeses, bien que conservando piadosamente el recuerdo de su origen galo, no admitirían perder la calidad de ciudadanos de los Estados Unidos. Así pues, no debe entonces asombrarnos si, en México, los hijos de franceses, se identifican instintivamente al pueblo en medio del cual son nacidos y del cual ellos adoptan la lengua y sus costumbres. Entre ellos algunos han representado ya en el país un papel político de primer orden, tal el caso de José Yves Limantour, convertido en ministro de finanzas y en el colaborador más eminente del presidente Porfirio Díaz. José Yves Limantour, a despecho de las crisis monetarias y agrícolas, ha consolidado el crédito nacional y asegurado el desenvolvimiento económico del país. Ha contribuido también a la construcción de magníficas redes férreas y telegráficas mexicanas —12,000 kilómetros de caminos de hierro y 40,000 kilómetros de telégrafos—, gracias a los cuales el poder central ha encontrado el predominio poseído en otro

tiempo por los virreyes, perdido después de la desaparición de éstos, e indispensable, sin embargo, a la buena marcha del Estado.

XIII

Antes de terminar, que se nos permita hacer todavía algunas reflexiones. Es incuestionable que si Francia no hubiera evacuado México en 1867, habría entrado en conflicto con los Estados Unidos. No falta quien se haya regocijado de que este choque haya sido entonces evitado. Ha habido una equivocación, según nuestro criterio al razonar así, porque en caso de guerra hubiera acontecido lo siguiente: los norteamericanos, que habían mantenido bajo las armas 150,000 veteranos de la Guerra de Secesión, hubieran lanzado sobre México masas municionadas con un armamento perfeccionado, bien dirigidas, y a las cuales las fuerzas del gobierno de Juárez habrían aportado en seguida un precioso concurso.

Nuestro cuerpo expedicionario, difícilmente socorrido, no teniendo sino un efectivo débil, cañones de bronce y fusiles de pistón —los zuavos y los cazadores de infantería poseían carabinas rayadas—, se habrían visto reducidos a la defensiva, combatiendo honorablemente con la ayuda de sus aliados mexicanos y forzosamente se habrían visto obligados a capitular. Pero esta capitulación de un ejército francés, comandado por el mariscal Bazaine, habría tenido lugar sobre la llanura del Anáhuac y no en Metz; el emperador Maximiliano habría caído en manos de sus enemigos, menos implacables que los que encontró en Querétaro; los generales Miramón, Mejía y Méndez habrían sucumbido, pero su destino hubiera sido menos cruel. Probablemente el emperador Napoleón III habría perdido el trono, pero por causas menos desastrosas que la batalla de Sedan. Francia humillada y experimentada, como la España lo fue en 1898, pero los Estados Unidos no le hubieran reclamado una indemnización de cinco mil millones; ellos se hubieran apoderado en nombre de la doctrina Monroe, de la Martinica, la Guadalupe y la Guayana —posesiones sin importancia que serán cedidas o perdidas pronto o tarde—, pero naturalmente no hubieran exigido la Alsacia y una parte de la Lorena. Y después de haber combatido a los norteamericanos, el pueblo que ha industrializado más la guerra en tierra y en mar, la Francia, extrayendo de su fracaso lecciones provechosas, como las que beneficiaron a Rusia después de su campaña de 1877 contra los turcos, Francia decíamos, se contraería sobre sí misma, reconociendo la inferioridad de material y reorganizaría sus fuerzas militares. Seguramente la guerra contra Alemania, retardada, hubiera tenido lugar en condiciones más ventajosas. La historia está plena de interrogaciones de este género.

Pero ya que hablamos de la poderosa República norteamericana, aprovechemos para explicar una leyenda. Innúmeras veces se ha afirmado que el infortunado emperador Maximiliano hubiera tenido la vida asegurada, si el representante de Estados Unidos hubiera estado en su puesto, cerca del presidente Juárez, en junio de 1867, y si hubiera intercedido, o hubiera tenido lugar de amenazar en nombre de su gobierno. Éste es un gran error. Amenazas provenientes del norte hubieran exasperado los espíritus en lugar de calmarlos, y en este caso, el destino del emperador Maximiliano no

hubiera cambiado. Nosotros lo sabemos de una manera cierta. La muerte del “archiduque” —se acostumbraba llamar así al soberano vencido—, era considerada como represalia legítima, medida de salud pública y desafío indispensable a Europa. A decir verdad, hubiera sido preferible afrontar los peligros de una nueva lucha con Estados Unidos antes que ceder sobre este punto. Las pasiones que reinaban en el ejército, cuyos jefes estaban ligados por un pacto, hubieran sofocado la voz de la prudencia.

XIV

En resumen, ningún autor mexicano se ha declarado imparcial. El general Manuel Santibáñez, particularmente, declara que no puede serlo; el licenciado Eduardo Ruiz confiesa que sus esfuerzos para serlo han sido vanos, y todos, como excusa, invocan su patriotismo herido. Sin embargo, ellos hablan de los franceses frecuentemente con mesura, cargando en la cuenta de Napoleón III todo el mal causado.

Esto no debe sorprendernos, porque tanto durante la guerra como después de la salida del cuerpo expedicionario, nuestros nacionales establecidos en el país no han sido molestados, y aún hoy cuando tienen lugar las fiestas patrióticas del Cinco de Mayo, el pueblo, aunque orgulloso de “haber vencido a los vencedores de Sebastopol y de Solferino” no ultraja jamás a Francia. Entre las clases dirigentes, Francia es amada como una madre patria.

Los norteamericanos a pesar de sus protestas de amistad y su continua infiltración económica, no han podido conquistar la misma situación moral. Se teme su vecindad más de lo que se le ama.

En 1870-1871, durante nuestros desastres, que han seguido de muy cerca la evacuación de México, el vigor de las simpatías instintivas de los mexicanos se ha afirmado. Entonces nuestros antiguos adversarios, olvidando el pasado, hicieron votos por Francia. Después la opinión pública constató (o confirmó) con satisfacción nuestro resurgimiento y la prensa de México habló siempre del avance, así como de los sucesos coloniales de los oficiales que habían guerreado en el país.

Después de todo, salvo algunos actos de represalia, los soldados franceses hechos prisioneros fueron bien tratados. Nosotros podemos atestiguarlo. Así pues, en México nada hubo comparable a los pontazgos de Cádiz y de la isla de Cabrera, durante la guerra de España, así como los pontazgos ingleses, o los nuestros probando tan terribles sufrimientos y sufriendo tan crueles tratamientos. Es preciso también constatar que los mexicanos emplearon más generosidad hacia los prisioneros que los alemanes en 1870-1871. Los jefes militares que se distinguieron en la mayoría de las veces por sus sentimientos caballerescos y humanos son: Ignacio Zaragoza, Porfirio Díaz y Vicente Villada.

Agreguemos que gran número de jefes del ejército francés han dejado buenos recuerdos sobre la llanura del Anáhuac, tal es el caso del capitán Detrie,³⁵ que a la cabeza de 140 soldados del 99 de línea, en la noche del

³⁵ Transformado en general de división, gran oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo de la Orden.



13 al 14 de junio de 1862, escaló las alturas del Cerro del Borrego, ocupadas por la división de Zacatecas, y salvó el cuerpo expedicionario, cercado en Orizaba, de una capitulación análoga a la de Baylén. Este hecho de armas, uno de los más bellos de los tiempos modernos, así como la defensa de Camerón y el combate de Majona, son admirados por todos los militares del país y entre el pueblo.

Si en México, algunas veces se ha encontrado demasiado ruda la mano de nuestros soldados, jamás se ha denigrado su valor, y aquellos de los veteranos de la expedición que desaparecieron, son objeto de noticias necrológicas benévolas. Así, tan luego como el clarín Roblet que, el cinco de mayo de 1862, en el primer asalto de Puebla, llegó hasta el talud de uno de los reductos y allí tocó a ataque, murió —hace algunos años, siendo simple empleado del ferrocarril—, todos los periódicos mexicanos saludaron el fin de este bravo. Recientemente, en Puebla, el monumento funerario donde fueron recogidos los restos de todos nuestros muertos que habían sucumbido durante el sitio, ha sido inaugurado por el presidente Porfirio Díaz rodeado de las autoridades mexicanas y de la colonia francesa.

En suma, jamás ha habido odio y no hay huella de resentimientos entre franceses y mexicanos.

Para concluir, diremos que las obras que acabamos de señalar no son, hablando con propiedad, historia; pero ellas permiten dar precisión a la historia. En una época poco alejada puede ser un Michelet o un Prescott, podrá extraer de ellas una obra maestra.